



OBISPO DE CARTAGENA

## Solemnidad del Sagrado Corazón de Jesús

Peregrinos en Monteagudo

12 de junio de 2026

El Corazón de Jesús simboliza el amor infinito de Dios por todos y es el centro de toda la Sagrada Escritura. En Jesús, el Hijo de Dios hecho hombre para nuestra salvación, se han cumplido todas las profecías sobre la misericordia divina. El texto del Evangelio que acabamos de escuchar nos presenta a Jesús orando al Padre desde la intimidad del amor divino, invitándonos a acudir a ese amor que está en su corazón, un corazón manso y humilde. Su yugo son los mandamientos, que son una carga que es ligera si la comparamos con nuestras experiencias de pecado, con la experiencia de habernos alejado de su amor.

La invitación que se nos hace con urgencia es a que pongamos en marcha una verdadera conversión personal y pastoral, los modos y las formas de hacer las cosas, para ser buenos testigos de la gracia de Dios, como discípulos evangelizadores con espíritu. ¿Estáis dispuestos a esta aventura?

El que esté dispuesto a seguir tiene que poner en el centro de su vida a Cristo, así de sencillo, un encuentro personal con Jesús. Este es el secreto, renovar cada día la experiencia personal del encuentro con el Resucitado. «La primera motivación para evangelizar es el amor de Jesús que hemos recibido» (EG 264). Esa experiencia es la que busca salir de nosotros, la que busca comunicar o compartir la fe con los otros, la que mueve nuestros «quereres y nuestras voluntades» para convertirnos en agentes evangelizadores. Por eso es necesario clamar a diario para que Jesús siempre nos mantenga enamorados, que vuelva a encantarnos y cautivarnos, y al mismo tiempo, nosotros disponer nuestro corazón para dejarnos enamorar y conquistar por el *Amor de los amores*, ese que pide ser compartido con otros.

La persona que ha tenido la suerte de saber estar con Cristo, le oye en lo más hondo de su corazón, porque Dios sigue hablando, sigue acercándose especialmente a los que desde el camino le gritamos: «Jesús, Hijo de David, ten compasión de mí». Escuchad, ahora, estas palabras de Jesús: «Siento profunda compasión por la muchedumbre, porque ya hace tres días que permanecen junto a mí y no tienen qué comer; y si los despidió en ayunas a sus casas desfallecerán en el camino, pues algunos han venido de lejos» (Mc 8, 1-10). La compasión movió a Jesús a actuar cuando miró a la gente, a toda la muchedumbre sintiendo compasión de ellos, porque estaban extenuados y abandonados y, para no dejar a nadie fuera de su corazón, les envió a los discípulos, pidiéndoles que anunciaran el perdón de Dios, su amor de Padre, que rogaran al Dueño de la mies por ellos, para que nunca les faltara el consuelo de la Palabra y los sacramentos.

Hermanos, en su compasión por nosotros está nuestra salvación y seguridad, por eso, debemos aprender a ser misericordiosos con los demás: este es el camino para atraer con más prontitud el favor de Dios. Nuestra Madre Santa María nos alcanza continuamente la compasión de su Hijo y nos enseña el modo de comportarnos ante las necesidades de los hombres: «Dios te salve, Reina y Madre de Misericordia...», le hemos dicho tantas veces.

La Sagrada Escritura dice que «Dios es rico en misericordia» y esto significa que su amor es entrañable, que está movido por la comprensión, el servicio, el respeto, la confianza y la fidelidad, pero hablamos de una fidelidad exquisita, impregnada de amor, es una forma de entregarse en la total gratuidad, de forma entrañable. Implica un profundo sentimiento de benevolencia, de amor personal y gratuito, y un sincero deseo de prestar ayuda y protección eficaz. Es la actitud de la mamá, que, con indecible cariño, se inclina sobre su bebé para manifestarle su ternura y su solicitud maternal, haciéndole sentir su cercanía y presencia, para defenderle de cualquier peligro, ampararle del frío y alentarle con su propio aliento. Este ejemplo es más comprensible para nosotros, por lo descriptivo que es. Así nos ama Dios, así es su misericordia, así es la mirada de Dios, que te llena profundamente de amor.

Jesús, el enviado con esa misión, es el que hace visible esa misericordia del Padre. El viene por los que tienen necesidad de salvación y esa es la suprema misericordia, porque es la compasión más grande y hermosa: «No tienen necesidad de médico los sanos, sino los enfermos. No he venido a llamar a justos, sino a pecadores» (Mc 2, 17). Lo vemos también en el pasaje evangélico de la conversión del publicano Zaqueo, Jesús afirma: «El Hijo del Hombre ha venido a buscar y salvar lo que estaba perdido» (Lc 19, 10). En otras palabras, la misión del Hijo del Hombre es una misión de misericordia salvífica: «Nuestro Salvador quiere que todos los hombres se salven y lleguen al conocimiento de la verdad plena» (1 Tim 2, 3). Si atendemos las palabras del evangelista san Lucas veremos cómo recomienda esta misericordia como la forma más característica de la caridad cristiana y la que debe caracterizar a los discípulos de Jesús, para vivir como hijos del Padre celestial.

Os deseo en esta bella jornada, en esta experiencia de peregrinar al Corazón de Jesús, que iniciaron nuestros hermanos jesuitas que grabéis en vuestro corazón estas palabras del Evangelio: «Sed misericordiosos como vuestro Padre celestial es misericordioso» (Lc. 6, 36). Termino con una plegaria de san Juan Pablo II: «Dios, Padre misericordioso, que has revelado tu amor en tu Hijo Jesucristo y lo has derramado sobre nosotros en el Espíritu Santo, Consolador, te encomendamos hoy el destino del mundo y de todo hombre. Inclínate hacia nosotros, pecadores; sana nuestra debilidad; derrota todo mal; haz que todos los habitantes de la tierra experimenten tu misericordia, para que, en ti, Dios uno y trino, encuentren siempre la fuente de la esperanza».

Sigamos caminando como peregrinos de misericordia.

+ José Manuel Lorca Planes  
Obispo de Cartagena